

# LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año II - 2ª Época : Montevideo, Setiembre 30 de 1897 : Tomo II—N.º 10

## Nuestra redacción

En el curso breve de la existencia que lleva nuestro periódico, es hoy la segunda vez que se vé envuelto en una emergencia lamentable, cuyo resultado final ha sido producir una nueva desintegración, por así decirlo, de nuestro cuerpo de redactores. El señor Guzmán Papini y Zas que, desde hace algún tiempo, venía formando parte de nuestra redacción, acaba de retirarse de ella.

Después de los acontecimientos que entre nosotros se han producido, han de abundar indudablemente los comentarios favorables ó desfavorables, para los que, á través de esas conmociones internas, permanecen inmóviles en sus puestos. Sin embargo, si ayer, cuando la primera disensión *familiar* se produjo, llamamos sus causas porque eran de tal caracter que hubiera sido imprudencia hacerlas trascender al dominio público, hoy, al repetirse el hecho, no podemos permanecer inactivos, encerrados en nuestro anterior mutismo, porque importaría dar visos de probabilidad á todas las suposiciones, consintiendo, además, comentarios más ó menos desprestigiosos para nosotros. Así, pues, hablaremos para expresar detallada é imparcialmente la verdad de los hechos; y hablaremos claro, colocando las cosas en sus respectivos sitios, á fin de que cada cual pueda, sobre bases exactas, formarse el juicio que halle más de acuerdo con su criterio personal.

Se halla expresada terminantemente en nuestro programa, la abstención absoluta de nuestro periódico en cuestiones religiosas ó políticas de actualidad. No quiere decir esto que tales temas se hallen proscriptos de nuestras páginas, no;

porque la libertad ilimitada que en ellas existe, autoriza á cualquier persona á expresarse en nuestras columnas, sobre tales tópicos, de la manera que, á su juicio, la crea más acertada. Lo que tal cosa implica, es la imposibilidad absoluta en que se encuentran nuestros redactores para abordar tales cuestiones, desde las páginas de nuestra publicación.

Pues bien, expuesto esto ¿cómo sin violar lo que habíamos escrito, podíamos permitir que uno de nuestros redactores abriese juicio, desde nuestras columnas, sobre un suceso político acaecido recientemente? No había entre nosotros dos opiniones al respecto: todos estábamos por el rechazo del escrito en el cual se recriminaba tal hecho. Nuestro honor era quien dictaba tal sentencia.

El señor Papini, entusiasta admirador del doctor Herrera, creyó que por intermedio de *Los Debates*, podía censurar de una manera violenta la conducta de aquellos que, como es público, hicieron una manifestación hostil al personaje político de su admiración. Demás está decir que, si en vez de recriminar, hubiese aplaudido aquel acto, nuestra determinación hubiera sido idéntica, porque la inobservancia de nuestro programa existe tanto en un caso como en otro.

En esa coyuntura, de cuya solución pendía el honor de este periódico, fué comisionado uno de nuestros redactores para significarle al señor Papini, el disgusto con que todos veríamos la inserción de aquel escrito en las páginas de nuestra revista; y al cumplir su cometido lo hizo en términos corteses, terminando con la fé de que accedería á nuestro pedido, por todos conceptos razonable. Pero el señor Papini contestó á la carta que con tal motivo se le dirigió, en un tono tan intempestivo y soez que dejaba entrever claramente la intención secreta de herir nuestras dignidades personales.

Después de esto la renuncia se produjo. Hoy que el señor Papini se halla desligado de nuestra suerte futura, es necesario hacer conocer á los estudiantes en general, cual fué su proceder durante su estadía en nuestro periódico. No haremos un proceso de su conducta pública; pero presentaremos un sumario sobre su proceder íntimo, desconocido de todos nuestros lectores, para que después de un examen detenido expresen la sentencia que crean convenir más á ese proceder oculto.

Todos recuerdan los términos hermosos y el altruismo que campeaba en aquel esbozo de un programa, publicado en estas mismas columnas con motivo de su ingreso en nuestra redacción; pero nadie seguramente habrá sospechado que aquel escrito fuese únicamente la obra de un cerebro que contradecía los sentimientos del corazón que le da vida. Aquello era la obra de un poeta que ha pensado, pero que jamás ha sentido, y que nunca sentirá. Era la máscara del desinterés, con que ocultaba sus pretensiones mezquinas y por ende vergonzosas.

Mucho más podríamos decir acerca de su conducta íntima; pero, creyendo que no ha llegado aún el momento de las declaraciones fundamentales, nos detenemos en esto, advirtiendo, desde luego, que el programa anteriormente mencionado estuvo muy lejos de ser cumplido; por el contrario aquella página fué tachada de una plumada cuando su tinta no se hallaba aún seca.

Nuestra vida, hasta ahora corta, no ha dejado de ser por eso agitada. Después de este tropiezo, proseguiremos la marcha, adelantando como siempre por el sendero del deber. Tal vez no nos hallemos lejos del sitio en que caeremos para no levantarnos más; pero si esto sucede la caída final será con gloria, y nuestra frente, lejos de mancharse con el polvo de la vergüenza, quedará bien alta, porque en la caída saldrá incólume nuestro honor. Hay desastres más gloriosos que un triunfo.

La Redacción.



## PODER HUMANO

Hiende la altura con pausado vuelo  
La reina magestuosa de las aves;  
Y al remontarse en el azul del cielo  
Confunde y anonada nuestro ser.  
Limitan solamente su camino  
Las partículas tenues de otro espacio,  
¡Cuán feliz nos parece su destino,  
Y del hombre, cuán pobre su poder!

Mas nó... con ella el pensamiento humano  
Vuela también por la región celeste;  
La sigue, la adelanta soberano  
Venciendo al éter en su marcha audáz....  
¿Qué encuentra el ave al terminar su ruta  
Deteniendo su vuelo fatigada,  
Temerosa talvez é irresoluta  
Ante el escollo á su ascención, tenaz?

Siempre luz, siempre luz... debajo frío,  
Y encima soportando su plumaje  
El calor poderoso de un estío,  
Ya insufrible en la zona tropical.  
Y desciende quizá falta de aliento  
Por el cansancio y por el aire exiguo,  
Para hallar en el suelo algún sustento,  
Los deleites de un aire mas vital.

¿Qué! ¿Tú sola has subido á tanta altura,  
Envidiosa del Cóndor de los Andes?  
¿No se ha elevado el hombre por ventura  
Como tú, con mas vista y mas valer?  
¿Que dominas el ímpetu del viento  
Dando á tu vuelo dirección certera,  
Que subes y que bajas con tu intento,  
Y avanzas donde marque tu querer?

Es ese tu tritunfo por ahora,  
¿Mas cuánto durará? Pronto, quién sabe  
No alcance tu potencia vencedora  
De una corriente ignota la impulsión  
Quién sabe, si la humanidad avanza  
Con pasos de gigante en el progreso,  
Para sellar mañana su esperanza  
Con el premio á su excelsa inspiración.

Nicolás N. Piaggio.

## UNA CARTA LITERARIA

18 de Mayo de 1897.

Mediterraneo 36° 21' N. 3°, 28' O. de G.  
Señor D. Martínez Vigil.

Muy señor mio:

Después de un siglo de navegación hemos pasado el charco. No hace todavía una hora que hemos salido del celeberrimo estrecho de Gibraltar. De las columnas de Hercules no he visto ni la sombra; segura-

mente los años las han ido desmoronando hasta reducir las á los peñones informes que se ven hoy, (eso admitiendo la fábula). En cuanto al famoso letrero «Non plus ultra» lo debe haber borrado la lluvia, lo cual es una ventaja para Hercules, que rabiaria en su tumba al ver desmentida la inscripción en las propias barbas (de ella) á cada paso, pues esto no es más que una calle en la cual se tropieza continuamente con cáscaras de nuez á vela ó á vapor que se rien de la mitología—al famoso forzado le queda, sin embargo, el consuelo del «mal de muchos, etc.» pues á todo el que se ha metido en las ciencias ó en cualquiera parte á escribir sentencias por el estilo de las tuyas, el tiempo se ha encargado de zurrarles la badana como á él.—Dejando aparte todo esto, hay que confesar que el tal Hercules ha hecho algo de verdaderamente hermoso y que los que han venido después no se han quedado atrás. Yo no me siento capaz de describirle lo que he visto, ni mucho menos darle cuenta de todos los pensamientos que ha suscitado en mi éste viaje de dos horas al través del estrecho. Si me sintiera capaz de ello, le hablaría del cabo Espartel que desde la costa africana como un centinela avanzado parece sonar con su faro poderoso á las sombras del Atlántico; de ese faro que brillando en el penumbra del alba me dió el primer saludo del viejo mundo. Más adentro á la izquierda las aguas de Trafalgar, donde una imaginación como la de Vd podría evocar la sombra de Nelson surgiendo indecisa entre las medias tintas de la mañana, para asistir con ella al combate gigantesco cuyos rugidos de bronce parecen flotar todavía en sus últimas vibraciones sobre las aguas en calma.

Luego Tanger deslumbrante de blancura recibiendo las primeras caricias del Sol, en la otra costa Tarifa, dominada por la torre de su farola; y en frente encontraría el Monte de los moros, que parece bajo

a luz solar una construcción de plata antigua, edificada por titanes, protegiendo á Ceuta el presidio español rodeado de fortificaciones que parecen espiar al coloso que se alza al otro lado: Gibraltar. Gibraltar, el peñon inespugnable que parece simbolizar la fuerza moderna asentada en los restos de un prodigio del simidiós de la fuerza antigua. Aislado casi del Continente, al cual se une por un istmo de arena, y sin las formas redondeadas de las montañas españolas y africanas, el peñon inglés se ostenta rígido, de formas geométricas, cortado á pico, presentándose así más terrible, asechando la presa, con los célebres dientes de la vieja, que es como llaman los españoles á una de sus baterías, los cuales dientes el día que muerdan morderán bien.

Del viaje por el Atlántico poco es lo que le puedo decir, del Plata casi nada. De éste lo único que recuerdo es el faro del Cerro perdiéndose en la noche, y que fué la última señal de adiós de Montevideo, como en el Atlántico fué el faro de Cabo Frío en la costa brasilera donde con él y las montañas de Rio Janeiro me despedí de América. En San Vicente faro también con las mismas cortesías, de tal modo, que he cambiado de opinión respecto al oficio que los señores faros desempeñan. En alta mar, aburrimiento completo, pescados voladores, nautilus navegando viento en popa, delfines haciendo cabriolas, una que otra gaviota, uno que otro mareo, viento siempre contrario y pare usted de contar. Además conatos de publicación de un diario «El Perseo Noticioso» y triunfo de otro italiano «La lingua maldiciente» una Kermesse y no se que más sin contar los juegos donde uno se mata á fuerza de cavilar, queriendo matar el tiempo.

En San Vicente pisé tierra por primera vez después de Montevideo; lo que he visto en materia de locuras, (ahí creo, nadie lo sabría contar, habiéndolas de todos los

géneros, cómicas, trágicas, escandalosas, etc., etc.) Lo curioso que hay en materia de vistas es la isla ó más bien la roca que hay en la rada, retratada con el gráfico nombre de «Cagada du Diavo» y la cresta de una de las montañas vecinas á San Vicente, que dibuja en el azul del cielo el perfil de Napoleón I. Es de un parecido notable á excepcion de la nariz en que se parece muy poco; á pesar de ese punto peculiar de la cara de Napoleón, no se necesita mucha fantasía para verlo patente. —Está en actitud de sueño ó más bien parece el perfil de un muerto, debido sobre todo al caracter de rigidez imponente que le imprime la roca salvaje que lo forma. Los hombres no podrían nunca elevarle un monumento en que resplandeciera tanto la calma infinita de la muerte, contrastando con la tempestad de su vida, ni sabrían infiltrar á una piedra la magestad sublime que palpita en la obra de la Naturaleza.

Como ciudad San Vicente es el pueblo mas infeliz de la tierra, sino hubiera allí una estación carbonera estaría desierto. El carbón es lo único que da trabajo á los negros, pues no hay agricultura ni puede haberla porque en todas partes se vé la roca pelada, porque no llueve casi y apenas si tienen el agua necesaria para vivir. Para formarse una idea de lo que es San Vicente en esta materia, basta saber que á lo más hay 50 árboles en el pueblo y todos metidos en sus correspondientes tinajas de tierra.

En la isla que hay en frente y que se llama San Antonio donde está Santiago, la capital hay un poco de agricultura, pero este año están en una miseria tan espantosa que el gobierno portugués reparte viveres para que la población no se muera de hambre. Algún día le contaré muchas cosas á propósito de los enjambres de muchachos que andan por allá en traje de Adam, ejerciendo oficios de la peor clase. Entre muchachos, lo que he visto de raro

han sido negros rubios que puede suponer que figura harán.

Hemos visto también la isla de Fernando Noronha, presidio brasilero, y las Canarias de las cuales no se pudo ver el pico de Teide; no hay nada que decir.

Mañana á la tarde llegaré á Barcelona y como nos quedaremos allí muy pocas horas le escribo desde ahora para cumplir la promesa que le he hecho.... Hasta aquí había escrito esta mañana, ahora que son casi las dos estamos en pleno Mediterráneo y tenemos en vista las cumbres cubiertas de nieve de la Sierra Nevada. Después de tanto tiempo de cabeceo y balanceo el vapor marcha como un tren sobre un verdadero espejo casi celeste, y á propósito de este recuerdo, la variedad de colores del mar desde que salimos de Montevideo; primero el amarillo de barro del Plata, luego en la costa de Rio Grande el mar verde esmeralda, y por fin en el Atlántico un mar de añil: Lo que no hemos visto en este viaje es la fosforescencia del mar.

No se como irán las cosas en Montevideo, en Barcelona quizás encuentre noticias; en San Vicente no se sabia nada de nada.

Si no cierro mi carta, la voy á hacer interminable; de manera que he resuelto, aunque sin perjuicio de añadirle alguna postdata en Barcelona, de poner también mi letrerito «Non plus ultra».

S. S. S.

B. Caviglia (hijo)



De pié sobre la escena, desatada  
En ondas, la profusa cabellera,  
Alta la sien, radiante la mirada,  
Como jovial emperatriz impera!

Una purpúrea flor se abre sangrienta,  
Como en copa de ébano, en la cima  
Del casco negro que su frente ostenta  
Y un acerado resplandor anima.

Suena su voz, y en nuestra mente cruza,  
Como en un dulce sueño, al escucharla,  
La hechicera visión de la andaluza  
Que imaginó Musset para adorarla!

Cada rayo que vibra, atravesando  
De sus pestañas por el tul sedoso,  
Es un hilo de luz que va bordando  
El tejido impalpable del ensueño.

Y á cada giro de su cuerpo airoso,  
Las vueltas del manton, batiendo el aire,  
Semejan el ondear, raudos y glorioso,  
De un pendón en las justas del donaire.

En la ficción el arte ha modelado  
Su espíritu. Es ficción su vida entera.  
¡Quién su fingido amor, su amor soñado,  
En real amor transfigurar pudiera!

José E. Rodó.

## EL HOMBRE AMERICANO

Conferencia leída en el aula de Historia Americana  
POR JOSÉ ANTONIO RAMPINI

Continuacion

Quando se empezó á indagar el origen del hombre americano se formaron dos doctrinas; la una no autóctona y la otra autóctona. La primera, que es el monogenismo sostiene la unidad del género humano, y por lo tanto dice que el americano tiene su origen en el viejo mundo; la segunda doctrina, el poligenismo. sostiene la diversidad de orígenes de las razas humanas y dice: «asi como cada gran continente tiene su flora especial, su fauna animal particular, hay tambien una fauna humana que le es propia». Los poligenistas, por lo tanto, sostienen que el hombre, los vegetales y los animales hallados en este continente eran propios de él.

Veamos ahora cuales son los argumentos de estas doctrinas.

El monogenismo, en el campo de la ciencia, está condenado á sufrir continuas objeciones.

« Desde tiempos antiguos, dice el célebre Laurent, se había creído en la existencia de un pueblo primitivo iniciador de la humanidad; y la biblia había llevado á admitir que ese pueblo

« era el pueblo hebreo; pero como esta creencia se fundaba en los libros sagrados, cayó cuando los ataques de los libres pensadores y los trabajos más serios de los orientalistas derribaron la autoridad histórica de la biblia. ¿Cómo referir á la tradición hebraica el Egipto, cuya organización se remonta más allá del diluvio? ¿el mazdeismo que disputa la antigüedad á Moisés? ¿las razas europeas que reconocen por hermanos á los pueblos asirios, mientras que ningún lazo las une á los hebreos? La idea de un pueblo primitivo había hechado profundas raíces. Abandonada la filiación hebraica, los sabios trataron de buscar una nueva genealogía de la humanidad. « Cuando la literatura sanscrita se reveló al mundo se descubrieron evidentes relaciones entre las lenguas europeas y las sagradas lenguas de los brahmanes. Por otra parte los orientalistas tomaron al pié de la letra la inmensidad de siglos y de periodos que hacian remontar la historia de la India hasta la creación. No dudaron que la civilización tuviese sus raíces en la India, cuna de la humanidad. En su opinión el Egipto era una colonia hrahmánica; el politeísmo griego los restos de un sistema más universal y más completo. elaborado á orillas del Ganges; la filosofia provenía de los brahmanes por intermedio de Pitágoras y de Platón; los Chinos, ese pueblo aparte, habría salido de la India; las naciones de la raza germánica llevaban en su lengua el sello de un origen indio; los mejicanos mismos y los peruanos eran descendientes de la raza aria. Pronto se abandonaron estas hipótesis. Se vió que la cronologia imaginaria de los brahmanes era una base poco segura para la historia de la humanidad. Cuando más se penetraba en la antigüedad de oriente, tanto más contraria y aún por decirlo así, hostil parecía el genio de la India al espíritu del

« Occidente: no reconociendo sus sentimientos ni sus tendencias en un mundo de ensueños y de inacción, la Europa re-negó de la filiación que le había atribuido. La China mejor estudiada se vió más estraña á la India. El Egypto, saliendo de sus tinieblas reivindicó una antigüedad que excedió todo lo que sabemos de cierto sobre los orígenes indios. Así se derrumbaba pieza por pieza el frágil edificio del mundo primitivo. La ciencia ha vuelto á emprender su marcha lenta y mesurada; ha llegado á la conclusión de que el estado actual de nuestros conocimientos históricos, el problema de la generación de los pueblos y de la civilización es insoluble, en el sentido de que es imposible probar que el género humano procede de un pueblo primitivo. Hay un hecho que por si solo nos impide admitir esta hipótesis. Si ha habido un pueblo primitivo es menester que haya habido una lengua primitiva, fuente de todas las que se hablan aún hoy día; es menester que no haya más que una raza humana de la que deriven por la vía directa de la filiación todas las razas que pueblan la tierra: pues bien, no se ha llegado hasta aquí á referir las diversas lenguas ni las diversas razas á un origen común».

Por estas verdades que cita Laurent en su monumental obra filosófica, (HISTORIA DE LA HUMANIDAD), vemos que la ciencia no ha podido comprobar aun la unidad del género humano; y por más esfuerzos que hayan hecho algunos pensadores para encerrar en un círculo común todas las razas que él comprende, ha sido imposible, porque esas razas tienen caracteres bastante distintivos que las separan profundamente; por lo tanto, la teoría monogenista debe ser abandonada desde el punto de vista científico hasta que sus partidarios prueben de una manera satisfactoria la verdad que pretenden sostener. (Concluirá).

## La canción de una elegía



Yo canto al desdichado que oprime una cadena,  
Que gime entre los muros de lóbrega prisión,  
Yo canto su agonía, yo canto la cruel pena  
Que el código le impone, sin tregua ni perdón!

Yo canto el infortunio que horada el alma fuerte,  
Los ayes, los lamentos, el llanto de un hogar,  
No canto las sonrisas felices de la suerte:  
Yo canto al que combate con el furor del mar.

Yo canto al docto Fausto, en su febril demencia  
Buscando las miserias de dicha mundanal,  
Sediento de placeres, hastiado de la ciencia,  
Juguete depreciable de espíritu infernal.

Ni voz será el silencio si, altiva, en Margarita  
Triunfara la inocencia sobre el brutal error;  
Mas canto su conducta, sacrilega, maldita,  
Que, exánime, la arroja á un antro de terror!

No canto al potentado, no canto al opulento,  
Que, voluptuoso, aspira perfume celestial;  
Mas canto al desvalido, postrado, macilento,  
Vencido por las furias de airado vendaval.

Nunca, á la gondolera que plácida en la orilla  
Entona mil canciones, cual ave en su verjel,  
Mas, siempre, al bravo nauta que reinos da á Castilla  
Luchando con las furias en flácido bajel.

Mi canto no es el canto del ave que delira,  
Perdida en el celaje de luz y de color,  
Mi canto es el lenguaje del ave que suspira,  
Del ave que saluda el último fulgor.

Mi voz no es el acento que ríe, que murmura  
Cuando transita el viento, de sauces al través,  
Mi voz es la del árbol que cubre fosa oscura:  
Mi voz es el gemido del fúnebre ciprés.

Yo busco en la existencia, el ímpetu, la muerte,  
Un alma torturada un triste corazón,  
No busco las risueñas lisonjas de la suerte:  
Las lágrimas me inspiran, un himno, una canción!

Arturo Lapujades.

Publicamos á continuación los fragmentos más importantes de la interesante obra de don Eduardo Madero, cuya escasez es notoria; creyendo prestar un verdadero servicio á los estudiantes de Historia Americana 1er. curso, que tan á menudo tienen que consultar.

## HISTORIA DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

Por Eduardo Madero.

(Fragmentos)

### INTRODUCCIÓN

Antes de historiar los descubrimientos del Plata y de sus dos principales afluentes, mencionaré muy concisamente algunos sucesos que lo precedieron é ilustran.

A las diez de la noche del 11 de Octubre de 1492 (1) vió Colón, desde el castillo de popa de la nao «Santa María», una luz que por intervalos subía y bajaba, se ocultaba y volvía á aparecer.

Dos horas después de media noche el marinero Rodrigo de Triana divisó tierra desde la «Pinta» y su capitán Martín Alonso Pinzón comunicaba al punto con disparos de artillería el descubrimiento de lo que se ha llamado Nuevo Mundo. (2)

Colón descubría el vastísimo archipiélago inmediato al continente á que dió el nombre de otro la ingratitud inconciente acaso, de sus contemporáneos.

Basados en el glorioso descubrimiento, y á estar al texto de los documentos conocidos, Juan Gaboto y su segundo hijo Sebastián, descubrieron para el rey de Inglaterra, el 24 de Junio de 1497, la costa boreal de la parte septentrional del nuevo continente (3); y tres días después Américo Vespucio, para el de Castilla, la tierra que cerca de las bocas del Orinoco se halla por el 6º latitud Sur. (4).

(1) Todas las fechas anteriores al año 1582 corresponden al calendario Juliano.

(2) Juan B. Muñoz, libro 3.º pág. 81.

(3) Consta en la leyenda del mapa hecho por Sebastian Gaboto en el año 1544, existente en la Biblioteca Nacional de Francia. Véase lo que respecto á este mapa digo en el capítulo «Biografía de Sebastian Gaboto».

(4) Carta de Vespucio á Pedro Soderini. Los historiadores que han dicho que Américo Vespucio fué el primero que arribó á nuestro continente no han leído bien los textos.

El 22 de Abril del año 1500, Pedro Alvarez Cabral, impelido por la corriente, descubría casualmente el monte que nombró «Pascual» y al siguiente día la costa del Brasil inmediata al hoy llamado Porto Seguro, tierra que creyeron isla y nombraron «da Vera Cruz».

Seducido Vespucio por el Rey de Portugal, dejó el servicio del de Castilla, partió de España «insalutato hospite» para Lisboa y el 10 de Mayo de 1507 salía de ese puerto con la bandera lusitana para hacer nuevos descubrimientos.

El 17 de Agosto recalaron á la costa sudamericana que se halla por el 5º latitud sur. (1)

El 27 partieron navegando hácia el E. y S. E. (2) hasta que la tierra «faseva la volta» para el S. O.; doblaron un cabo al cual dieron el nombre de San Agustín, quizás por ser el 25 de Agosto, «empezaron á navegar por el S. O. y surgieron en buen lugar».

Al cabo de 5 días (2 de Septiembre) continuaron viage, «haciendo muchas escalas y hablando con infinita gente», pasaron el trópico de Capricornio y llegaron hasta el 32º de latitud austral, ó sea al puerto llamado entonces Ttique y ahora Rio Grande del Sur (3). Como no encontraron «cosa de minero» partieron el 15 de Febrero de

(1) Como Vespucio dice que donde recaló habia un monte, probablemente fué entre la punta Tres Hermanos, (donde se encuentra el alto médano San Alberto) y el rio Mossoro cerca del cual está la punta de Miel. Varnhagen dice que Vespucio vino á avistar tierra el 16 de Agosto, junto al cabo que en virtud de la fiesta del calendario de ese día recibió el nombre de San Roque. Pero además de que Vespucio recaló el 17 de Agosto, Varnhagen no ha tenido presente otros detalles que prueban que la recalada fué al occidente.

(2) «Que así corría la tierra», dice Vespucio. Lo que prueba,—agrego yo—que estaban más al pendiente del cabo San Roque.

(3) Escritores han habido que sin presentar comprobantes han supuesto errada la altura á que en la costa del Brasil llegó Vespucio y han creído que éste se equivocara al consignarla. Poseo una relación inédita del año 1568 en la cual se confirma que la latitud á que llegó Vespucio en la costa del Brasil fué, como éste dice, hasta los 32º sur.

1502 con rumbo al S. E. hasta que á principios de Abril halló Vespuccio aquella Georgia de perpétuo invierno, de donde, ávido de sol, regresó á Sierra Leona.

Varnhagen (4) supone, — pues no hay ni él menciona documento que lo pruebe, — que el jefe de la expedición, «con el calendario en la mano fué sucesivamente bautizando los diferentes parajes de la costa», desde el cabo San Agustín hasta San Vicente. La suposición era fundada, pues tal fué — salvo excepciones — la regla de los descubridores.

(Continuará).

## PARA ELLA

(LETRILLA)

Con un corazón ardiente,  
Con un alma abrasadora,  
Yo pasaba indiferente  
Los días, hora tras hora.  
Y de pasión infinita  
Un día me hallé embriagado  
Al sentirme enamorado  
De la bella Margarita.

Es linda cual la alegría,  
Casta como un pensamiento,  
Pura como una poesía,  
Modesta que es un portento.  
Pero, al mirarme, se ahita,  
Y su semblante agraciado  
Desprecia al enamorado  
De la bella Margarita.

Ni de noche, ni de día,  
Dejo de pensar en ella,  
Pues me quitó la alegría;  
Esa hermosísima estrella;  
Y aunque la razón me grita  
Olvidate del pasado,  
Sigo siempre enamorado  
De la bella Margarita.

En su precioso semblante  
Se pinta gran desconsuelo,  
Al observarme, que amante,  
La persigo con anhelo.  
Mas, ¿que importa? aunque no admita  
Mi pedido apasionado,  
Sigo siempre enamorado  
De la bella Margarita.

Agosto Musso.

## Florilegios de Obras Latinas

(Continuación)

Deucalión y Pyrra vuelven á poblar la Tierra

Renacia el Universo. Al verlo transformado en un vasto desierto, en el cual, por todas partes reinaba profundo silencio, Deucalión se bañó en llanto y habló á Pyrra de esta manera: «¡Oh, hermana! ¡Oh, esposa! ¡Única mujer escapada á la muerte! ¡Oh tu, á quien estoy unido por un mismo origen, por el parentesco y los lazos del matrimonio. El peligro estrecha aún más esos vínculos? Desde la aurora al poniente, nosotros solamente representamos al género humano; el mar se ha tragado todo el resto. ¿Qué digo? En este mismo instante, no parecen completamente seguros nuestros días; algunas nubes llenanme aun el alma de terror. Amada Pyrra, ¿cuál sería tu suerte, si escapado hubieras sin mí á este gran naufragio? ¿Habrias soportado tus alarmas, sola y sin tener quien consolara tu aflicción? En cuanto á mí, si perecido hubieras entre las olas, — ¡puedes creerlo, oh esposa! — habria procurado que el mar nos tragara juntos. ¡Si me fuera dado, valiéndome del arte de mi padre, modelar la arcilla, prestarte vida, y renovar al género humano! Solo los dos (así lo han querido los Dioses) sobrevivimos á la raza de los mortales, y atestiguamos su existencia.»

Pronunciadas estas palabras, ambos prorrumpieron en lloro. Piensan en invocar al cielo, y solicitar auxilio de los oráculos. Inmediatamente se trasladan á orillas del Cephiso, cuyas aguas, aunque no limpidas, aun circulaban ya por su ordinario cauce. Vierten la sagrada onda sobre sus cabezas y sus ropas, y dirigen enseguida sus pasos hácia el santuario de la augusta Diosa. Musgo repugnante cubria el umbral y en los altares no ardia el fuego. Apenas tocan las gradas del templo, cuando se prosternan

conjuntamente vuelto el rostro hácia la tierra, y besan, temblorosos, el helado pavimento. «Si es que las plegarias del justo — dicen — conmueven á los dioses y apaciguan su enojo, enséñanos ¡oh, Témis! como podremos reparar la ruina del género humano. Muéstrate propicia, dignándote socorrernos en nuestro infortunio.» Enternecióse la Diosa y pronunció el siguiente oráculo: «Abandonad el templo, cubrios la cabeza, desceñid vuestras cinturas, y arrojad por encima de vuestras espaldas los huesos de vuestra abuela.» Largo tiempo permanecen interdictos. Pyrra rompe por fin el silencio, y niegase á obedecer á la Diosa. Con temblorosa voz solicita perdón: es que teme insultar á los manes de su abuela dispersando sus huesos.

Sin embargo, reflexionan sobre las misteriosas palabras del oráculo y las meditan. Por fin el hijo de Prometeo tranquiliza á la hija de Epimeteo, con estas frases: «O me engaña mi inteligencia — dice — ó el oráculo es benigno y no aconseja un sacrilegio. Nuestra abuela es la Tierra. Las piedras, que se hallan en el cuerpo de la Tierra, son sin duda alguna esos huesos que se nos ordena que arrojemos.» Aunque sorprendida por esta interpretación, Pyrra duda aún y no se atreve á esperar; ¡tanto es lo que ambos desconfían de los divinos consejos! ¿Pero qué perdían con probar? Se alejan, cubren su cabeza, desceñen su cintura, y, obedeciendo al oráculo; comienzan á arrojar piedras hácia atrás. Esas piedras, (¿quién lo creeria si no lo atestiguaran los pasados tiempos?) pierden poco á poco su dureza, y, al ablandarse, adoptan nuevas formas. Bien pronto se alargan, se despojan de su insensibilidad, y adoptan imperceptiblemente la forma humana. Del mismo modo, al recibir los primeros golpes del cincel, no ofrece el mármol más que un esbozo imperfecto. Aquella parte de las piedras en la cual á la substancia terrosa se mezcla un jugo líqui-

do, se metamorfosea en carne; la parte sólida, que nada puede ablandar, transfórmasese en huesos; las venas conservan la misma forma y el mismo nombre. En breves instantes, por la voluntad de los Dioses, las piedras que arrojó Deucalión revistieron forma de hombre, y las que salieron de mano de Pyrra, forma de mujer. Hé ahí explicado el porque somos una raza dura e infatigable: todo, en nosotros, revela nuestro origen.

(OVIDIO—*Las Metamorfosis*—Versión indirecta de la traducción francesa de Gros).

(Continuará)

## Apuntes de Historia Americana

(Primer año)

### MISIONES JESUÍTICAS

(Continuación)

Los jesuitas con el fin de aislar á sus catequisados de la influencia perniciosa que algunos españoles podrían ejercer sobre ellos, rodearon á sus poblaciones de fosas, prohibiendo á los españoles transeúntes permanecer más de dos días dentro de la reducción. — Esta medida dió pábulo á todo género de conjeturas y calumnias que tenían por fin sembrar el desprestigio de las instituciones jesuíticas.

El régimen legislativo de aquella institución comunista, estaba prescripto por varios artículos de los cuales los principales eran los siguientes: 1.º Todos los indios deberían vivir en pueblos, quedando prohibido el vivir separados, y obligaba á los gobernadores á hacer cumplir aquella ordenanza. — 2.º Que los prelados ayudarían y facilitarían las reducciones. — 3.º Que se elegirían para hacer la reducción ministros y personas de entera satisfac-

(1) Historia General del Brasil, pág. 82.

ción. — 4.º Que los sitios para construir pueblos deberían tener todas las condiciones requeridas, en agua, tierra, fertilidad, etc.—5.º Que no se podría quitar á los indios las tierras que anteriormente hubiesen poseído.—6.º Que se procurase fundar pueblos en las proximidades de las minas.—7.º Que las reducciones se harían á costa de los tributos que los indios dejasen de pagar por título de recién poblados.—8.º Que los indios que desearan permanecer en las chacras y estancias donde residían al tiempo de reducirlos, pudieran elegir entre lo primero ó marcharse al sitio donde se ubicase la primera reducción ó pueblo; pero si en el término de dos años no hiciesen lo segundo, había de asignarseles por reducción la hacienda donde hubiesen asistido, sin que por esto se entendiera dejarlos en condición de *yanaconas* ó criados de los chacareros ó estancieros.—9.º Que las reducciones no podrían mudarse de un lado á otro sin orden del Rey, Virrey ó Audiencia.—10.º Que las querellas suscitadas con motivo de la ejecución de reducciones serían únicamente apelables ante el Consejo de Indias—y que se compensaría á los españoles las tierras que se les quitase para repartirlas entre los reducidos.—11.º Que ningún indio pudiera trasladarse de un pueblo á otro; no pudiendo además, vivir fuera de ellos.—12.º Que cerca de las reducciones no existiría ninguna estancia.—13.º Que ningún español transeúnte pudiera permanecer más de dos días dentro del terreno asignado á una reducción—, y los mercaderes más de tres.

Esto era en cuanto correspondía á lo temporal; en el orden de lo espiritual había otras ordenanzas, tales como— que cada reducción tendría su capilla; que los gastos de ésta serían costeados por los indios, etc.

Entre las prácticas gubernativas, existían algunas acertadísimas. Se establecía que los puestos de alcaldes y regidores serían

ocupados por indios; se castigaria con seis ú ocho azotes al indio que faltase á misa en días de fiesta; tocaba igual pena el que se embriagase, y si se embriagaran muchos en compañía la pena sería mayor.—Se establecía, además, que los puestos públicos no serían propiedad de nadie, y por lo tanto no podrían venderse.

Las primeras tentativas de reducción fueron infructuosas debido principalmente á la resistencia que tenía que vencerse. La resistencia por parte de los indios era otro obstáculo poderoso. Las más de las veces, el indio oía con recogimiento y atención las palabras del sacerdote; pero en cuanto terminaba éste, aquel parecía olvidar todo lo que se le había dicho. Más adelante, la práctica enseñó á los jesuitas que los indios mostraban preferente atención por los grabados que reproducían gráficamente lo que se les enseñaba por medio de la prédica, y resolvieron proveerse de láminas que representasen el Cielo, el Infierno, etc.

Otro de los medios á que se recurrió para el mejor éxito de aquella tarea, fué tomar minuciosa cuenta de las razones expuestas por cada indio por no convertirse, y luego, en las pláticas que hacían al conjunto, exponían aquella argumentación, rebatiéndola como doctrinas sugeridas por el demonio.

Todos estos medios produjeron los mas excelentes resultados.

Lucharon también los jesuitas con el inconveniente de no conocer al principio la lengua *guaraní* en la cual se hacían las prédicas; pero como se comprende fué éste un obstáculo del momento que desapareció más tarde cuando se establecieron escuelas con el fin de enseñar á los misioneros la lengua de los indígenas. Entre los jesuitas hubieron algunos que llegaron á conocer todas las riquezas de la lengua *guaraní* y á hablarla con exquisita corrección. Entre éstos podemos citar al Padre Gón-

zález, que por tal motivo mereció el calificativo de «el Domóstenes guaraní».

Igualmente con el fin de enseñar el castellano á los catecúmenos, se fundaron en las reducciones escuelas destinadas á tal objeto.

La experiencia sugirió á los jesuitas otros medios y combinaciones ingeniosas que hiriendo la sensibilidad de los naturales, redundaban en pró de su tarea civilizadora. En su continuo roce con los indígenas llegaron á darse cuenta cabal de sus instintos y á formarse un concepto completo de sus caracteres. Nada escapaba á la observación del misionero. La confianza exagerada que aparentaban para con los indios, y la tranquilidad excesiva con que se dirigían á cualquier sitio, desarmó muchas veces á tribus enteras que habían fraguado conspiraciones contra ellos. Sucedió, ocasiones, en que llegado el misionero á los dominios de una tribu que se había propuesto ultimarle, aquella tranquilidad y confianza, dividió á los infieles, corriendo muchos á defenderlo, mientras otros se preparaban para atacarlo. Conseguida la victoria por el misionero, no sin gran asombro de los indijenas se le veía impetrar al cacique, el perdón de los vencidos.

La influencia civilizadora de la música, su acción eminentemente avasalladora, fué otro de los recursos á que apelaron los jesuitas para el mejor éxito de la empresa en que se habían empeñado.

Penetrados los misioneros del agrado con que los indígenas escuchaban los acordes de la música, supieron sacar partido de él. Cuando el jesuita se aseguraba de su proximidad á una guarida de infieles, entonaba cánticos sagrados, que tenían la influencia de atraer á los salvajes, dominándolos no pocas veces.

Más tarde, cuando se hallaron cimentadas perfectamente las misiones, los jesuitas abandonaron aquellos medios sencillos y humildes de atraerse á los salvajes, empleando, en cambio, procedimientos más

avanzados y diplomáticos, por así decirlo. Ya el jesuita no se presentaba solo en medio de una tribu, sino que lo hacía rodeado de una escolta de indios cristianos que cuidaban su persona. Se fingía atraído hácia aquel sitio por el nombre conquistado por sus caudillos, le halagaba á éste con alabanzas y honores, y el indio, seducido por aquellas demostraciones, trataba de corresponder al misionero, concluyendo por permitir se le iniciase en el conocimiento de la doctrina cristiana. Otras veces, se hacían llegar hasta las tribus, caciques de otras ya reducidas, quienes fingían haber llegado allí, traídos por el acaso. Los caciques éstos, hablaban accidentalmente de los jesuitas, ponderaban sus tratamientos, y aconsejaban á las tribus á acojerse bajo su amparo.

La compra de los prisioneros de guerra hecha á los indios por cantidades de algodón, tabaco, y otros efectos por los cuales demostraban marcado aprecio, fué otro de los medios á que apelaron los jesuitas para facilitar su tarea ingrata y peligrosa.

La educación dada al indio en aquellos centros civilizadores no podía ser más acertada. Paulatinamente, y sin que el salvaje se diese cuenta de ello, se le hacía abandonar todas las prácticas de su vida bárbara, sustituyéndolas por otras acordes con el nuevo género de vida adoptado desde su ingreso en una misión.

Más tarde, los jesuitas, conseguidos los primeros triunfos, cuando el éxito de aquella empresa se hallaba casi asegurado, resolvieron tomar las medidas necesarias para su bienestar, y el de los indios, hasta entonces descuidado. Les enseñaron á edificar casas, todo bajo el mismo plano. El aspecto de éstas era el de un galpon de 50 á 60 metros de largo por 10 de ancho; construidas generalmente de adobe, piedra, etc., pero todos con techumbre de tejas. Las mejores moradas de cada pueblo eran las de los jesuitas. conocidas con el nombre de «colegios», levantadas

siempre en los mejores parajes, y reuniendo en su interior todas las comodidades realizables en el sitio en que vivían. Había además, en todos los pueblos, escuelas de primeras letras, de latinidad, música, etc., como también talleres de impresión, carpintería, sastres, fábrica de armas y pólvora, y en fin todo aquello de innegable conveniencia para habituar al indio á la vida ordenada y productiva de la civilización contemporánea.

Fuera de ésto se destinaba á una parte de ellos, á los quehaceres de la vida agrícola y pastoril, enseñándoseles á las mujeres tareas propias á su sexo.

Las festividades eran guardadas con escrúpulo, cuya santificación en los templos era motivo de útiles enseñanzas. Se le enseñaba al indio la doctrina cristiana, el conocimiento de los números de 1 á 1000, los nombres de los días de la semana y el de los meses, duplicándose el atractivo de estas enseñanzas con el de la música.

Además, las grandes festividades se festejaban de un modo distinto. Se levantaban grandes arcos de triunfo, se ejecutaban representaciones teatrales, se llevaban á cabo simulacros de combate, teniendo lugar, casi siempre, entre moros y cristianos. Se efectuaban danzas simbólicas, en las cuales los bailarines, formando cuadro, describían el nombre del Gobernador, del Rey etc., ó á veces una figura enigmática con lo cual se ponía á prueba el ingenio de cada cual en su deciframiento.

La vigilancia de parte de los misioneros era constante. Se les hacía cumplir estrictamente todas las reglas de la higiene, recomendándoseles la templanza en la alimentación.

Una de las tareas más embarazosas para los misioneros era la confesión, debido á la manera peculiar que tenían los salvajes de expresarse, haciéndose muchas veces sumamente difícil su comprensión.

Tanta dedicación por parte de los jesuitas fué retribuida por los salvajes con un

gran cariño. Se citan casos, en que peligrando la vida de un jesuita, hubieron indios que se hicieron sacrificar en su lugar. A este respecto puede verse la anécdota narrada por Bauzá sobre lo acontecido al P. Ruiz de Montoya, á quien se preparaban á devorar algunos salvajes, y de lo cual enterado un neófito, disfrazándose con el hábito propio de un misionero, sufrió una descarga de flechas efectuada por los conjurados, y que felizmente no le hicieron daño alguno.

Para el Gobierno de las Misiones, tenía la compañía un superior que residía en el pueblo de Candelaria. A este superior se agregaban vicesuperiores que residían en el Uruguay y Paraná y que ayudaban á aquél en sus tareas. Además, existían en cada pueblo un cura particular, secundado á su vez por otro llamado *compañero*; al primero le estaba encomendado las funciones propias de un pastor de almas: le correspondía la parte espiritual; al otro incumbía las cuestiones relacionadas directamente con la parte temporal.

De este modo se hallaba perfectamente regularizado el mecanismo de aquel gobierno vastísimo, y pudieron penetrarse los jesuitas de las necesidades sentidas en la vida práctica de las reducciones, para satisfacerlas inmediatamente y propender así al éxito de la empresa. Se regularizó el sistema de edificación y de gobierno, haciéndolos más adaptables á las exigencias de la vida civilizada. Para establecer entre los indios las penitencias canónicas, se comenzó por dar azotes al niño español que les servía, diciéndoles que era éste el modo que tenían los *carais* ó blancos de educar á sus hijos. Por este medio se hicieron extensivos los castigos á los indios mayores, quienes después de recibir la pena, daban las gracias con humildad diciendo: *Ayube, Cherubá, chemboardá guá, a teepé.* (1).

(1) Dios te lo pague, padre, que me has dado entendimiento ó luz para conocer mis faltas.

Con el fin de estimular en los indios el deseo de bautizarse, empleaban los jesuitas un medio ingenioso. Consistía éste en hacer salir del templo, luego que concluía el evangelio, á todos los indios que no hubiesen sido bautizados; esto era considerado vejatorio por los explusos, y trataban de instruirse prontamente á fin de poder llenar aquel requisito.

El gobierno político de las reducciones se hallaba organizado del siguiente modo: un teniente, dos alcaldes ordinarios, uno de primer voto y otro de segundo; dos de Santa Hermandad, un alcalde provincial, diferentes capitanes, un alguacil y fiscales, todos electos entre los indios.

Existía también, en cada pueblo una pequeña guarnición indígena, con el fin de defenderla de cualquier ataque imprevisto de los infieles.

La parte económica se hallaba (también) bien organizada. Cada indio tenía su chacra. Existía además una gran chacra, en la cual los tres primeros días de la semana estaban obligados los catecúmenos á trabajar en ella, y cuyos frutos eran propiedad de la comunidad y se repartían entre las viudas, huérfanos, ancianos, etc. Los enfermos eran tratados y asistidos con gran prolijidad en casas especiales. Los frutos de la comunidad sobrantes del reparto antes mencionado eran vendidos en Buenos Aires, y con el producto de la venta se pagaban los tributos, diezmos etc.

En medio de la marcha progresiva de los misiones jesuíticas, se atravesaron no pocas veces obstáculos poderosísimos que fue necesario vencer á todo costo, para que no quedara reducido á la nada el resultado de muchos años de labor incansable.

Los *mamelucos* de San Pablo, que se habían dedicado al tráfico de indios á quienes vendían como esclavos, conocían perfectamente las simpatías con que los salvajes acogían á los jesuitas que llegaban á sus tolderías, y resolvieron valerse de ello como un medio para hacer más pro-

ductivo su comercio. Al efecto se disfrazaban con todos los atavíos de un misionero, y predicando la religión, conseguían atraerse á no pocos infieles que eran conducidos por ellos al lugar designado para ejercer libremente sus operaciones.

Sin embargo, esto llegó al conocimiento de los jesuitas, quienes advirtiéndolo á los gobernadores españoles de lo que acontecía, resolvieron llevar una campaña contra aquellos inícuos mercaderes de carne humana. *Mamelucos* y reducidos se fueron varias veces á las manos en múltiples combates, fatales siempre para los primeros.

Más tarde los jesuitas fueron víctimas de las calumnias del obispo del Paraguay, don Bernardino de Cárdenas, quien inventó todo un cuento fabuloso con el fin de desprestigiar á los misioneros.

La índole de este modesto é incompleto trabajo no me permite extenderme sobre el particular; pero si el lector tuviese interés por ello, puede recurrir á la obra del señor Bauzá T. I, pag. 374 y siguientes.

La tarea antipática que se había propuesto el obispo del Paraguay, no tuvo por entonces otras consecuencias que cubrirlo del bochorno consiguiente al patentizarse la calumnia de la cual era autor. Sin embargo, no sería aventurado suponer que dió, más adelante, margen á la ojeriza con que fueron mirados los jesuitas por los gobernantes que posteriormente se hicieron cargo del gobierno de estas colonias.

Quedaría ahora por tratar otras cuestiones relacionadas con el punto que nos ocupa; pero como nos hemos propuesto dar únicamente una rápida idea del mecanismo de esa institución que tanto influyó en la consolidación de la autoridad de España en estas regiones, creemos que lanzarnos al estudio de ellas, tras de llevarnos muy lejos, nos apartaría completamente del plan que nos hemos trazado previamente. Así pues, ponemos punto final á esta cuestión.

*Histórico.*

## TRADUCCIONES DEL LATIN

## PRIMER AÑO

## VIDA DE M. PORCIO CATÓN

(Ordenado y traducido expresamente para los estudiantes de Latin)

(Continuación)

## II

*Su consulado, gobierno de España y triunfo—Inútiles tentativas de Escipión—Severidad de Catón en el cargo de censor—Enemistades que tuvo que tolerar—Su constancia en la virtud.*

*Construcción—*Gessit consulatum cum L. Valerio Flacco, nactus sorte provinciam Hispaniam citeriorem, et deportavit triumphum ex sa. Quum moraretur ibi diutius, P. Scipio Africanus, consul iterum, in prior consulatu cujus fuerat quaestor, voluit depellere eum de provincia, et ipse succedere ei. Neque potui efficere hoc per senatum, cum Scipio obtineret quidem principatum in civitate; quod respublica administrabatur tum non potentia, sed jure. Ex qua re iratus, peracto senatu, privatus mansit in urbe. At Cato, factus censor cum eodem Flacco, praefuit severe ei potestate. Nam et animadvertit in complures nobiles, et addidit multas res novas in edictum, quae luxuria quae jam tum incipiebat pullulare reprimeretur. Non destitit suscipere inimicitias causa reipublicae, circiter octoginta annos ab adolescentia, usque ad extremam aetatem. Tentatus a multis, non modo fecit nullum detrimentum existimationis, sed quoad vixit crevit laude virtutum.

*Traducción—*Desempeñó el consulado con Lucio Valerio Flaco, le cupo en suerte el gobierno de la provincia de España Cite-

rior, y consiguió el triunfo de ésta. Como permaneciera allí mucho tiempo, Publio Escipión Africano, cónsul otra vez, en el primer consulado cuyo había sido cuestor, quiso echar á él del gobierno de la provincia, y él mismo reemplazar á éste. Y no pudo conseguir esto del Senado, como Escipión obtuviera ciertamente el supremo mando en la ciudad; porque la república era administrada entonces no por la fuerza, sino que por la justicia. Por cuyo hecho airado, concluido el Senado, sin cargo, permaneció en la ciudad. Más Catón, hecho censor con el mismo Flaco ejerció severamente este poder. Pues y procedió contra muchos nobles, y añadió muchas cosas nuevas á los códigos, para que la lujuria que ya entonces empezaba á propagarse, fuera reprimida. No dejó de contraer enemistades por causa de la república, por cerca de ochenta años, desde la juventud hasta una extrema edad. Tentado por muchos, no solamente no sufrió ningún detrimento de su reputación, sino que mientras vivió progresó en la gloria de las virtudes.

## III

*Prendas de Catón—Su talento universal—Empieza tarde sus estudios pero hace grandes progresos—Ocupase en escribir historias en los últimos años de su vida—Catálogo y elogio de sus obras.*

*Construcción—*Fuit singulari prudentia et industria in omnibus rebus. Nam et fuit agricola solers, et peritus reipublicae, et jurisconsultus, et magnus imperator, et probabilis orator, et cupidissimus literarum. Quarum studium, etsi senior arripuerat, tamen fecit tantum progressum in eis, ut non possis reperire facile, neque de rebus graecis, neque de italicis, quod fuerit incognitum ei.

*Confecit orationes ab adolescentia: senex instituit scribere historias. Quarum libri sunt septem. Primus continet res gestas regum populi romani: secundus et tertius, un-*

de quæque civitas italica orta sit. Ob quam rem videtur appellase omnes *origenes*. Autem in quarto primum bellum punicum; in quinto, secundum. Atque omnia hæc dicta sunt capitulatim. Persequutus est parimodo reliqua bella, usque ad præturam Servii Galbæ, qui diripuit Lusitanos. Atque non nominavit duces horum bellorum, sed notavit res sine nominibus. Exposuit in iisdem quæ viderentur admiranda in Italia et Hispaniis. In quibus multa industria et diligentia; multa doctrina comparet.

Persequuti sumus plura de vita et moribus hujus in eo libro, quem fecimus separatim de eo rogatu Tito Pomponii Attici. Quare delegamus studiosos Catonis ad illud volum.

*Traducción—*Fué de extraordinaria prudencia y habilidad en todas las cosas. Puesto que, y fué agricultor activo, y perito en la cosa pública, y jurisconsulto, y gran general, y no despreciable orador, y muy aficionado á las letras. De las cuales el estudio, aunque viejo, las había emprendido, sin embargo hizo tanto progreso en ellas, que no podrás encontrar fácilmente ni de las cosas griegas, ni de las italianas, que fueran desconocidas á éste.

Compuso discursos desde la adolescencia; viejo empezó á escribir historias. De las cuales los libros son siete. El primero contiene los hechos gloriosos de los reyes del pueblo romano. el segundo y el tercero, de donde cada ciudad de Italia haya tenido su origen. Por lo que parece que los llamó á todos *origenes*. Más en el cuarto, la primera guerra púnica; en el quinto, la segunda. Y todos éstos están dictados por capítulos. Continuó del mismo modo las demás guerras, hasta la pretura de Servio Galba, quien saqueó á los Lusitanos. Y no nombró á los jefes de estas guerras, sino que notó los hechos sin los nombres. Expuso en los mismos lo que parecía digno de admiración en Italia y en las Españas. En los cuales mu-

cho trabajo y habilidad, mucha erudición aparece.

Hemos añadido mucho de la vida y costumbres de éste en aquel libro, el que hicimos por separado de éste á ruego de Tito Pomponio Atico. Por lo que remitimos á los aficionados de Catón á aquél volumen.

(Concluirá).

## SEGUNDO AÑO

## ANECDOTAS

(Continuación)

## XIX

*Traducción—*Si los beneficios consistieran en las cosas, no en la misma voluntad del que los hace, serían tanto mayores cuanto son mayores los que recibimos, mas ésto es falso. Algunas veces, pues, más nos obliga, quien dió poca cosa, magníficamente, quién igualó las riquezas de reyes con el ánimo, quién dió poca cosa pero de buena voluntad. Lo que me dió, es de poco valor, pero no pudo más. Por el contrario, aquello que dió es de gran valor; más dudó; más difirió; más al darlo gimió; pero dió con soberbia y no quiso agrandar á aquel, á quien regalaba: lo dió á la ambición; no á mí.

Como muchos ofrecieran muchas cosas á Sócrates, cada cual según sus facultades, Esquines, discípulo pobre, dijo: «Encuentro nada digno de tí, que pueda darte; y siento solo que yo sea pobre por esto únicamente. Así es que te regalo á mí mismo, lo único que poseo. Te ruego aceptes de buen grado este regalo, tal cual es, y pienses que otros como te dieran muchas cosas, mas ha quedado á ellos.» A lo que Sócrates dijo: «¿Porqué tu me dieras un gran regalo, si es que ya no te estimas en poco? Así es que tendré cuidado de que te devuelva mejor que te recibí.» Esquines venció con este regalo toda la munificencia de los jóvenes mas ricos.

(Continuará).

## ECOS UNIVERSITARIOS

**El señor Antonio P. Carlosena**—Nuestros estudiantes fueron tristemente sorprendidos, con el inesperado fallecimiento del querido profesor de la Universidad con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

La muerte del señor Carlosena deja un vacío profundo entre sus discípulos, vacío difícil de llenar no sólo por las dotes intelectuales del señor Carlosena, sino también por sus raras cualidades de maestro cariñoso, que hacían de él un verdadero amigo de sus alumnos.

Estos golpes rudos del destino, consternan y entristecen aún á aquellas almas más estoicas y previsoras, á quienes nada conmueve ni toma de sorpresa.

**Corrección importante**—En nuestro último número, y en el segundo artículo sobre reformas universitarias, se ha deslizado entre otros, un error de cierta importancia y que nos apresuramos á salvar, pues deja sin sentido todo un párrafo.

En la primera página del número indicado, columna segunda, línea 31, se lee lo siguiente: «Si nos abstenemos á nuestras informaciones, etc.», cuando debe ser: Si nos atenemos, etc.

**Nuestra Redacción**—En vista del poco tiempo que resta hasta la terminación de los cursos, fecha que señala la clausura de la segunda época de esta Revista; y atendiendo, por otra parte, que las tareas del redactor se hallan considerablemente aliviadas, debido á la cantidad enorme de material que poseemos, la redacción de *Los Debates* ha resuelto unánimemente, que, á pesar de la salida del señor Papini y Zas, quede ella sin integrar. Así, pues, nuestra redacción se halla, desde hoy, confiada exclusivamente al señor Thevenin.

**Solicitud**—La Asociación de los Estudiantes ha elevado al Consejo Universita-

rio una solicitud, con el fin de obtener en primer término, la supresión de los exámenes escritos en el próximo período; y, en segundo, se conceda un mes de próroga para la realización de las pruebas que, según el reglamento, han de verificarse en Noviembre.

El primer pedido lo consideramos justísimo, y á ese respecto es ya conocida nuestra opinión expresada en un artículo insertado en nuestro número anterior.

Respecto al segundo pedido, hemos oído á varios estudiantes manifestarse en contra; y, por nuestra parte, si bien no somos enemigos de lo que se trata de obtener de las autoridades universitarias, creemos, sin embargo, que es mucha la próroga que se solicita.

Según rumores corrientes, en los momentos de escribir estas líneas, el Consejo Universitario vá á negar el pedido formulado por la Asociación.

**Al señor Juan Rodriguez**—Hemos recibido por el buzón una bonita poesía titulada Á... A. M., y firmada con el nombre y apellido que sirve de título á este suelto.

Como no conocemos á dicho señor, le rogamos se sirva apersonarse á un miembro de nuestra redacción, pues de lo contrario nos es imposible publicar su poesía.

**Instituto Laso**—Llamamos la atención de los estudiantes sobre el aviso que en otro lugar publicamos de este importante centro de educación.

Como se trata de una institución de enseñanza fundada y dirigida por el apreciado catedrático de Gramática don Faustino S. Laso, tan querido en la Universidad, es de esperarse que aquellos estudiantes que toman clases particulares, le ofrezcan la más decidida protección.

**Pedro Dutrenit**—Estando ya en prensa nuestro periódico, hemos tenido la triste noticia de la muerte de nuestro compañero Pedro Dutrenit.